

787-788 OPUSCULUM QUINQUAGESIMUM PRIMUM. DE VITA EREMITICA, ET PROBATIS EREMITIS.

ARGUMENTO.

Teuzón, un monje pronto a ser notable por su santidad, quien, al disentir del abad, había dejado el monasterio, y el mismo santo doctor, que junto con el abad había venido a él para reconciliarlos, después de muchas contumelias, finalmente lo expulsó de su celda, intentando desacreditar su mansedumbre y modestia; mientras le expone las causas y fuentes de tanta soberbia: a saber, que sin disciplina alguna, sino como maestro de sí mismo, había seguido el instituto de la vida monástica; y que, aunque profesaba ser ermitaño, sin embargo, vivía en medio de la ciudad y la multitud secular. Por lo tanto, le advierte que no siga un modo de vida singular: lo cual demuestra ser pernicioso por el triste final de algunos monjes. También muestra que las acciones de los monjes deben ser contenidas por el freno de la discreción. Y finalmente, para que no desprecie a otros pensando tan altamente de sí mismo, le pone ante los ojos las virtudes de algunos que, sin embargo, eran muy modestos y no se exaltaban como él. Finalmente, para darle un ejemplo de humildad, le pide perdón si algo de lo dicho parece haber sido más áspero.

Al señor TEUZÓN, ermitaño, PEDRO, pecador monje, el aguijón de la caridad que debe ser retomada.

Se demuestra que ama menos al prójimo quien, al recibir una injuria, disimula reclamar al autor de la ofensa, de tal manera que se constriñe completamente bajo la censura del silencio. Pues mientras se aconseja a sí mismo como si fuera por virtud de paciencia, desprecia tender la mano de la corrección saludable al hermano caído; y mientras sirve a una paciencia desmedida, no evade la sentencia de una caridad disminuida. Porque el Señor no dice: Si alguien peca contra ti, soporta y calla; sino que dice: Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígelo, para que, corregido, vuelva en sí, y el que corrige lo que erró, recupere la altura de la caridad de la que había caído. Hay, en efecto, dos, el caído y el ofendido. La caridad, que juzga entre ambos, debe pesar los platillos de la justicia de tal manera, y mantener las leyes de la equidad con un examen inquebrantable entre ellos, que no solo estudie con más empeño para que el ofendido, Dios no lo quiera, no caiga por impaciencia, sino también para que, por el mérito de una satisfacción digna, también el que ha caído se levante.

[DE LA VIDA EREMÍTICA Y LOS EREMITAS PROBADOS.]

CAPÍTULO PRIMERO. Albizo y el Beato Pedro Damián con cuánta dificultad fueron admitidos dentro del umbral.

A través de lugares lejanos de regiones desconocidas, por precipicios de montañas, por abruptos rocosos de los Alpes te buscamos, finalmente llegando a la puerta después de muchas súplicas nuestras, y de tus volúmenes de altercaciones, cuando ya el espíritu casi desfallecía por el cansancio, apenas finalmente fuimos admitidos como hombres de cabeza importuna (pues entonces el señor Albizo me acompañaba); atentos y no medianamente ávidos de recibir documentos de edificación, inmediatamente en el mismo inicio de la mutua conversación fuimos forzados a servir a ciertas contenciones litigiosas; y quienes anhélábamos discutir algunas sutilezas y cosas ocultas del combate espiritual, apenas finalmente fuimos suficientes para repeler cuestiones complejas y arrogantemente planteadas, materia de una disputa inepta: pues habíamos venido a ver a Elías o a Pablo humildemente ocultos en el desierto, y sin esperanza encontramos de algún modo a un tal Jenócrates

proponiendo grandilocuentemente en un gimnasio: más bien, quienes teníamos la intención de ver al cordero manso por imitación, nos topamos con un toro feroz ventilando inmisericordemente con los cuernos. Sin embargo, entre las densas granizadas de cuestiones y contenciones, en la medida en que fue posible, aquel predicador manso recurría a la memoria, diciendo: «Evita, dice, las cuestiones necias y sin disciplina, sabiendo que generan contiendas; al siervo del Señor no le conviene litigar, sino ser manso con todos (II Tim. II).» Y de nuevo: «No contiendas con palabras: porque nada útil es, sino para subversión de los oyentes (Ibid.).» Tampoco había olvidado por completo: «Evita las palabras profanas y vanas: porque mucho aprovechan para la impiedad (Ibid.).» Mientras nos conferíamos estas y cosas semejantes en silencio, también con el mismo Apóstol, con un cierto silencio clamoroso, la conciencia respondía: «Si alguno, digo, quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre (I Cor. XI).» ¿Qué más? Finalmente, cuando puestos en un aprieto estábamos rodeados por las angustias de múltiples objeciones, donde la abundancia de razonamientos dejó de estar disponible, inmediatamente recurrimos a los ejemplos de los santos, para que al menos se tenga fe en aquellos cuya autoridad se admite sin demora para la prueba de cualquier asunto. Y cuando sobre un cierto artículo de la disputa se trajo como testimonio al santo Romualdo, se preguntó de inmediato si Romualdo mismo había sido santo o si ahora está recibido en el paraíso. Y aunque esta cuestión se planteó contra la fe de toda la Iglesia de nuestras provincias sobre el santo varón: sin embargo, para afirmar nuestra parte, trajimos como testigos a aquellos santos cuya opinión célebre y antigua no puede tambalear ni siquiera entre los plebeyos e ignorantes: a León y a Gregorio, clarísimos en otro tiempo obispos de la sede romana, de los cuales uno promulga decretos auténticos de los cánones; el otro riega la Iglesia con fuentes claras y profundas de elocuencia celestial. Pero al nombrarlos, es lo mismo. Pues también sobre estos se duplica la cuestión: ¿De qué manera puede alguien estar seguro de si estos tales fueron, a quienes sin retractación se debe acomodar la fe, o si incluso son dignos de ser contados en el catálogo de los santos?

CAPÍTULO II. De nuevo, cómo ambos fueron deshonorosamente eliminados.

Y mientras estas y muchas otras cosas fluían impudicamente en el curso de la conversación, que no solo no traían aquel fruto de edificación al que aspirábamos, sino que más bien generaban la superflua oscuridad de interminables cuestiones; finalmente recordando aquello que se dice: «El Señor hará una palabra abreviada (Isai X),» como emergiendo de los procelosos torbellinos de un mar espumoso, procuramos aplicar al seno de un puerto seguro, cuando comenzamos a hablar de la caridad, en la cual no parecía haber cuestión. Había, en efecto, entre tú y el abad de tu monasterio una enemistad intolerable y una discordia inveterada. Él, pues, como hombre manso y de ánimo simple, con sus promesas trascendió todos los derechos de una satisfacción digna y humildad, y nos instituyó como ejecutores del pacto de paz entre él y tú. Pero mientras imprudentemente procuramos amistades ajenas, caímos en el odio implacable de nuestra propia cabeza: más bien, caímos en el lado de la Charybdis ladradora, quienes creíamos haber evadido el naufragio del abismo de Escila: luego, después de dar algunas razones como si fueran irracionales, y con disputa y temor impacientemente derramadas, para un odio trabado no para ser arrancado, sino más bien para ser enraizado con más empeño; finalmente, tomados por los cinturones, fuimos violentamente excluidos, y ante las puertas condenadas no merecimos más el coloquio familiar. Castigados, sin duda, con una venganza digna, para que quienes caímos en el crimen de recomendar la caridad, y lo que es duro en los homicidios, fuéramos considerados dignos de odio perpetuo. Sin embargo, para que no parezca que nos reímos ligeramente de estas cosas, que deben ser leídas con compasión fraterna por las mentes piadosas, basta haber tejido hasta aquí la historia de la deshonrosa confusión.

CAPÍTULO III. Que a los monjes que habitan en la ciudad se les infiltra el tumor de la arrogancia.

Ahora, de dónde te ha sobrevenido el origen de esta plaga mórbida, si es posible que lo escuches pacientemente, no me pesará exponerlo. Ninguna disciplina, como se dice, de la institución monástica te ha desgastado, bajo ninguna custodia de los mayores te has macerado, en el mismo noviciado de la conversión aún duro y rígido, emprendiendo el camino de este propósito, comenzaste a enseñar antes de aprender, a promulgar antes de guardar los mandatos de las leyes. A esto se añade que decidiste llevar la vida eremítica no en el desierto, sino dentro de las murallas de una populosa ciudad; donde, sin duda, cualquier cosa que se ordene por un autor de tan magnífico nombre, se tome así, como si se trajera un oráculo del adivino adito sibilino. Pero, te pregunto, si eres monje, ¿qué tienes que ver con las ciudades? Si eres ermitaño, ¿qué tienes que ver con las multitudes de ciudadanos? ¿Qué aportan las celdas, o los foros ruidosos, o las torres fortificadas? En verdad, quienes, como si faltaran los bosques, buscan la soledad en las ciudades, ¿qué otra cosa se debe creer, sino que no buscan la perfección de la vida solitaria, sino más bien el favor y la gloria? Allí, pues, captando el favor del vulgo, rodeado, lo que la mente te dicte improvisadamente, se tiene por ley en tu propio juicio; cualquier cosa que la lengua precipitada pronuncie, se considera sentencia. Y no te mides según el testimonio de tu propia conciencia, sino según la opinión de la multitud aduladora, entre la cual, sin duda, el pálido rostro venal y el nombre oído de ayuno infunden estupor en las mentes. Porque no saber de vino en la ciudad es un prodigio; beber en el desierto, bastante innoble. El aceite en el desierto es un gran deleite; en el pueblo, que al menos no se alimenta de grasa, se concede la palma de la abstinencia. El cilicio en el desierto es vestimenta, en la ciudad espectáculo. Caminar con las piernas y pies desnudos en el desierto es regla, en el foro se considera una aflicción indiscreta. En el desierto, el lecho blando es el junco o el papiro, entre los ciudadanos se aplaude al contento con el centón. Porque lo que allí la rara conversación hace admirable, aquí la sociedad fraterna lo hace común. Y por lo tanto, lo que allí se eleva con el pregón de la alabanza, aquí, generalmente dado, no merece gloria.

CAPÍTULO IV. De la abstinencia de algunos hermanos.

Pero, ¡oh, ojalá estuvieras presente, y pudieras juzgar con tus propios ojos lo que se hace en estos bosques por desconocidos y despreciados! Sin embargo, para que, si acaso hay en ti el tumor de la arrogancia, se deprima, no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza la guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta, recibe una de esas oblaciones que se hacen para los sacramentos, y así, por la regla, rompe el ayuno. (S. BENED. Reg. c. 38 y 41.) ¿Qué diré de sus inesperadas vigiliass cuando él mismo me contó; de día, dice, en ningún momento concedo descanso a mis miembros; pero por la noche, cantando y orando, entonces finalmente concedo a mis entrañas fatigadas al sueño, cuando ya reconozco que el artículo de la sinaxis nocturna se aproxima, para que, tan pronto como el sueño irrumpe con todas sus fuerzas en el cuerpo, de repente lo ahuyente, como si un tintineo lo golpeará, de la invasión de la audaz violencia. A menudo solicitado para que saliera por necesidades eclesiásticas, o para concertar la paz, cuando reconocía que me era perjudicial, aunque a otros les resultara beneficioso, consulté a este hermano con tal fe, que la gracia divina se dignara infundirle lo que me decretara conveniente. Inmediatamente, la santa simplicidad fijó la cláusula de una respuesta concisa a lo que se proponía. ¿De qué, dice, le sirve a la vela, si ilumina a otros, mientras la llama devoradora la consume a ella misma? Esta respuesta, confieso, la tomé con alegría, y como dada divinamente, decidí guardarla, solo con caridad y obediencia.

CAPÍTULO VI. De León de Sitria, y otros tres monjes.

Pero mientras me detengo más extensamente en enumerar las virtudes de un solo hombre, me retraso en apenas rozar las de otros, con la larga demora que se produce; pero no te moleste que te instruya brevemente sobre las conversaciones de aquellos. Pues, para omitir la continua frugalidad, y la penuria de vestimentas, el rigor del silencio, la constante insistencia en la remoción, hay algunos entre nosotros que, entre otras cargas de restricción, se abstienen tanto de la percepción del vino, que ya casi por una década, ni siquiera en las fiestas pascuales, han probado del mencionado licor; de los cuales algunos son aún florecientes en la juventud, otros ya inclinándose hacia la madurez de la venerable vejez, otros incluso se privan de uvas y vinagre; muchos también se abstienen de manjares, huevos y queso como si fueran carnes.

CAPÍTULO V. De Martín Storaci.

Tenemos a un rústico idiota en la celda, apenas balbuceando cincuenta salmos, sin embargo, repitiéndolos siete veces al día, siempre con letanías añadidas. Que ya por casi tres lustros no ha salido, ni se ha cortado el cabello, ni se ha afeitado la barba. Esto, de hecho, lo afirman claramente sus cabellos, que ya fluyen tal vez más largos que él hasta el talón. Aunque no aprobamos en absoluto este tipo de restricción. Así pues, con tal continuidad, su vida es tal que durante tres días a la semana no come absolutamente nada, y durante otros tres recibe una

cierta medida de pan con agua; los domingos y las principales fiestas no prepara un guiso o algún condimento, sino una cierta fritura como alimento. Que, ciertamente, verla y no tocarla, casi consideramos una comida; pero probarla, o incluso olerla, lo consideramos parte de la penitencia. Además, dos serpientes en su celda, como se dice, pasean familiarmente desde hace muchos años. Que también, como él mismo confiesa, mientras él, postrado en el suelo, se dedica a las letanías, alrededor de su cabeza, aquí y allá, discurren con una blanda y mansa alusión; y olvidados de sus mordeduras venenosas, como si fueran de la familia de la casa, le brindan la devota diligencia de su servicio. He aquí, las bestias venenosas concuerdan entre sí en mostrar obediencia a los monjes, mientras que, ¡ay de nosotros!, los mismos monjes se apartan unos de otros con la inhumanidad de una víbora. Es sorprendente que tolere sin queja tanto hedor en ese lugar: es sorprendente que guarde agua lodosa para beber durante tantos días en un barril como si fuera una sentina, nunca lava su ropa, nunca cambia de vestimenta, excepto para recibir la eucaristía: que, sin embargo, se quita de inmediato, y por la limpieza las guarda en un lugar seguro para ese servicio. Nunca toma alimento antes de la puesta del sol, guardando, sin embargo, la reverencia de los domingos, en los cuales, alrededor de la hora sexta,

Pero, ¿por qué entonces, al recordar a los santos varones, recorro diversos lugares? cuando tengo ante mí, y al alcance de la mano, a aquel cuyas alabanzas no puedo expresar dignamente por falta de fuerzas. Ciertamente, con las celdas dispuestas a ambos lados, separados solo por el suelo de la basílica que media entre nosotros, él y yo estamos divididos; si me dedicara a enumerar sus virtudes, los días pasarían antes de que pareciera posible agotar el material para escribir. Hablo de Dominico, mi maestro y señor; cuya lengua es rústica, pero su vida es suficientemente hábil y encantadora, una vida que predica con obras vivas para la edificación, más útilmente que la lengua estéril de algunos, que pesa palabras vacías de urbanidad adornada y precisa. Ya en el largo transcurso de los años, ceñido con una coraza de hierro a la carne, libra una lucha infatigable contra los espíritus malignos; siempre preparado para la batalla, no solo con el corazón, sino también con el cuerpo premunido, avanza como un ferviente guerrero contra las filas enemigas. Esta es su costumbre de vida continua, que apenas pasa un día sin que, al modular dos salterios, armado con escobas en ambas manos, golpee su cuerpo desnudo, y esto en un tiempo más relajado. Pues en los ciclos cuaresmales, o cuando tiene que realizar penitencia (pues a menudo asume una penitencia de cien años), entonces, cada día, mientras se aflige con golpes de escobas, al menos medita y completa tres salterios. La penitencia de cien años, como aprendimos de su propio autor, se cumple así. Ahora bien, cuando tres mil golpes de escoba completan regularmente un año de penitencia entre nosotros, y la modulación de diez salmos, como se ha comprobado a menudo, admite mil golpes de escoba; mientras no se duda que el salterio consta de ciento cincuenta salmos, se encuentra que cinco años de penitencia se cuentan correctamente en la disciplina de este salterio. Pero ya sea que cuentes cinco veces, o veinticinco veces, se hacen cien. Por lo tanto, se sigue que quien canta veinte salterios con disciplina, confía en haber completado una penitencia de cien años. Aunque en esto también nuestro Dominico supera a muchos; porque mientras algunos ejercitan una mano en las disciplinas, él, como verdadero hijo de Benjamín [hijo de Gera, hijo de Jemini], lucha incansablemente con ambas manos contra las tentaciones rebeldes de la carne (Jueces III). Esta penitencia de cien años, como él mismo me confesó, la completa fácilmente en seis días según su costumbre.

CAPÍTULO IX. Sobre la razón de la disciplina.

Recuerdo también que al inicio de una Cuaresma inminente pidió que se le impusieran mil años de penitencia: los cuales ciertamente completó casi todos antes de que terminara el

tiempo de ayuno. Si a alguien este tipo de disciplina penitencial le parece duro, incluso tal vez superfluo, y lo que él mismo descuida hacer, tampoco quiere que se haga: lo que a mí, pecador, me parece sobre este asunto, lo resolveré en pocas palabras. La santa devoción de los fieles, cuando se aflige con golpes por la memoria de sus pecados, cree que participa en las pasiones de su Redentor. Pues nuestro mismo Salvador, según el testimonio del Evangelio, fue azotado (Marcos I; Juan XIX); y los apóstoles fueron afligidos con golpes en presencia del concilio (Hechos I); y Pablo recibió cinco veces cuarenta menos uno (II Corintios I). Lo que también innumerables mártires sufrieron bajo duros golpes; quien tenga tiempo para leer sus historias, no podrá ignorarlo. Por lo tanto, nos alegramos de haber adoptado también este modo de penitencia de ellos, de quienes ciertamente aprendimos todos los instrumentos de los estudios espirituales. Ahora bien, si establecemos ayunos, vigiliias, desnudez, cilicios, flexiones de rodillas, y otras cosas similares como remedios de penitencia, es para que a través de ellas reprimamos las tentaciones de los vicios y opongamos amargura a las deleitaciones de la carne: ¿qué puede llamarse más propiamente penitencia entre estas cosas, que cuando el pecador se presenta desnudo ante la vista de su juez, y al modo de los ladrones descubiertos, castiga con golpes la misma carne que pecó? A esto se añade que leemos que algunos, después de la culpa, llevados en éxtasis al juicio, pagaron esta venganza (Jerónimo, epístola 22 a Eustochio). ¿Debe creerse entonces que Dios mismo, que exige este modo de penitencia de los que no quieren, lo despreciará cuando se le ofrezca voluntariamente por los devotos? Hemos dicho esto en exceso por la gracia de recomendar la disciplina, para quitar la audacia de los monjes tiernos y delicados. Ahora volvamos al discurso sobre Dominico, de quien había comenzado. En verdad, aunque ya la encorvada vejez lo deprime, y además se consume con frecuentes enfermedades, es asombroso de dónde le viene tanto fervor que siempre se muestra invicto, siempre infatigable en los ejercicios espirituales. Pues, como supe por él mismo, a menudo continúa de pie dos salterios con disciplinas, de modo que ni siquiera se sienta entre tanto, ni descansa de los golpes con increíble fervor de mente. Alguna vez, al preguntarle si podía, con el peso de la vestidura de hierro, sudar un poco en las flexiones de rodillas; me dio esta respuesta en oscuridad: Cuando la salud me responde como deseo, a veces he acostumbrado a doblar las rodillas cien veces por cada quince salmos del salterio. Lo cual entonces no atendí diligentemente, pero después, reflexionando en mi mente sobre lo que se había dicho, me admiré y me asusté de que un hombre abatido hiciera mil metanoias en un salterio. Un día, después de vísperas, entrando en mi celda, dijo: Maestro (pues con este indigno título me llama por humildad), hoy hice lo que hasta ahora no recuerdo haber hecho, a saber, ocho salterios. entre el día y la noche los completé modulando. Sin embargo, entonces todo su rostro parecía tan golpeado por las escobas, y con algunas marcas surcadas y amoratadas, como si hubiera sido una bola, al modo de las gachas, machacada. La salmodia ciertamente le resulta tan fácil, porque no repite tanto las palabras, como él mismo afirma, con la lengua resonante, sino que recorre el sentido con la vivacidad de la mente. Alguna vez vivía alejado de mí; y cuando, al entrar a mí, le pregunté bajo qué reglas de vida se conducía entonces, respondió que vivía carnalmente, y que los viernes, siempre con los domingos, se relajaba de su habitual rigor de abstinencia. Preguntado si se alimentaba de algún guiso, huevo o queso: lo negó. Nuevamente, si de peces o frutas? Peces, dijo, y frutas, si hay, las ofrezco a los enfermos, de los cuales me lamento de que no haya una pequeña multitud en nuestras partes. Y cuando lo acorralé como un duro exactor, diciendo: Entonces, ¿cómo vives más relajadamente esos días, si no comes nada de lo que es necesario cocer al fuego o encontrar en los árboles? respondió: Me gusta comer hinojo con pan. Inmediatamente, ciertamente, comprendí hábilmente cuán carnalmente vivía el hombre, que había establecido sus delicias en el hinojo. Ciertamente tiene una abundante gracia de lágrimas, pero alterna. Pues cuando, recluido, se reprime bajo un estricto silencio, pronto, cuando quiere, llora abundantemente: pero si se le frecuenta en conversación, se queja

de haber perdido el llanto. Pues yo también a menudo le reprocho la penuria de mi tardanza, diciendo: ¡Ay! digo, mi padre, esas lágrimas tuyas son infecundas, que no pueden engendrar otras lágrimas orando. Desearía, ciertamente, que como tú eres mi padre, así también tus lágrimas fueran madres de mis lágrimas.

CAPÍTULO X. Necesaria advertencia sobre la discreción que debe mantenerse.

Podría escribirte aún muchas cosas, y otras no menos notables sobre los hermanos que nos son conocidos, si no evitara grandemente el fastidio de un estilo exuberante. También temo que esta página llegue a manos de aquellos de quienes habla; y ofenda a aquellos que detestan ser alabados laudablemente en esta vida. Sin embargo, te propuse estos ejemplos para que, al considerar quizás los mayores bienes de otros, juzgues los tuyos; y al oponer el orgullo de singularidad, no ignores que corres con muchos otros en el estadio de la sagrada milicia. Tan pronto como se dicen a Job cosas que exceden sus propias fuerzas, inmediatamente recurre al patrocinio de la penitencia (Job XXXIII), de modo que incluso pone el dedo sobre su boca, diciendo: «Hablé ligeramente (1 Samuel X).» Después de haber oído ciertamente que Elías no había doblado las rodillas ante Baal, aprendió ya a no enorgullecerse de singularidad, al tener más compañeros de su inocencia. Y ciertamente, aquellos de quienes hice mención anteriormente, no son claros, no famosos, no ciertamente notables por la opinión del vulgo; sino despreciables y harapientos, se juzgan a sí mismos inferiores a todos los bienes, de modo que tampoco se anteponen a nosotros, ni a nuestros semejantes, por ningún indicio de conversión. Sin embargo, no desdeñan compartir la mesa común con nosotros, sino que, como iguales, nos exhiben familiarmente todo el oficio de caridad. Tú también, si deseas avanzar correctamente, discretamente, fructuosamente por el camino de la verdadera religión, sé tan austero y rígido contigo mismo, que parezcas alegre y relajado con los demás; así estudia sobresalir en la cima de la rectitud dentro de ti mismo, que sepas inclinarte misericordiosamente hacia los hermanos débiles; así dispón las riendas de la justicia en el tribunal de tu mente, que no te endurezcas con los que delinquen, indulgente en lo venial. Que haya tristeza en el corazón, alegría en el rostro; en la llegada del hermano, que tu carne sienta refrigerio, y no temas mucho si no cumples con la medida de la servidumbre habitual. Al golpear tu celda el hermano, que las arrugas tristes se disipen de inmediato, que el rostro contraído se relaje, que la cara serena salga al encuentro, que la frente apresurada muestre alegría. Considera el pecado en ti como un peligro de muerte, en los demás llama fragilidad de la condición. Decreta que otro es digno de vara, donde te consideras a ti mismo sujeto a escorpiones. No seas más justo que el justo; y tú que temes cometer pecados, no dudes en impartir perdón a los que pecan. No es esa la justicia recta, que arrastra las mentes ajenas a la fosa de la desesperación. No es una medicina laudable, que corta lo podrido de tal manera que también corrompe lo sano. Es un fuego nocivo, que se esfuerza por quemar las zarzas, de modo que también salta a las casas para consumirlas con globos furiosos. En verdad, quien habitualmente critica los vicios ajenos, no escapará de la mancha del pecado; porque aunque arda con celo de justicia, a veces es necesario que caiga en los lazos de la detracción. Claramente, si nuestra vida no nos brillara mucho, no nos disgustaría tanto la conversación ajena. Si fuéramos estrictos con nosotros mismos, como es digno, jueces, la culpa ajena no encontraría censores tan rígidos; en otros, ciertamente, se extiende el vigor de nuestra disciplina, mientras que en nuestros propios excesos solo se observan las leyes de la piedad y la mansedumbre. Pero, ¿por qué esto? Porque se dice que juzgas a todos tus hermanos con una sentencia tan austera, tan altanera, que durante todo el año no recibes los sacramentos divinos más que una vez, y entonces no de los sacerdotes de tu monasterio, sino de otros buscados. Digo lo que dices: ¿Quién ordenó a este presbítero? Se responde, tal obispo. Y a él mismo, dices, ¿cómo, o quién lo promovió al oficio episcopal? El Papa, ciertamente; pero

cómo, que ellos lo vean; y enseguida añades: Supongamos que el Papa consagró al obispo gratuitamente; ¿acaso el mismo Papa ascendió gratuitamente al ápice de la sede apostólica? Con esta perniciosa oscuridad de cuestiones admirables, en cuanto depende de ti, confundes todo el siglo, y como el mar, generando tempestad de ti mismo, ni descansas tú, ni permites a otros vivir en tranquilidad. Pues de estas y semejantes vacilaciones necias surgen a menudo herejías y cismas pestilentes, que cortan las almas incautas de la unidad católica. Para hablarte con palabras apostólicas: «¿Tú quién eres, que juzgas al siervo ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae, pero estará en pie: porque poderoso es Dios para sostenerlo (Romanos XIV).» No todos los que están en el pretorio tienen el privilegio de emitir juicios; ni todos los que están dentro de la Iglesia han recibido las llaves de la Iglesia. Cuando alguien se extiende arrogantemente a juzgar lo ajeno, ciertamente se encuentra más obtuso para considerar lo que es suyo. Entonces, el orden de la vida social está dispuesto convenientemente, si cada uno está contento con el límite de su propio derecho: donde uno sobrepasa el término de otro, toda línea de vida recta necesariamente se confunde. Por lo tanto, nos basta considerar lo que es nuestro, para que, mientras perseguimos desmesuradamente lo ajeno, no nos quedemos vacíos del fruto de nuestro trabajo y de la merecida recompensa. «Porque quien guarda toda la ley, pero ofende en un solo punto, se hace culpable de todos (Santiago II).» Y Pablo: «Un poco de levadura leuda toda la masa (II Corintios V).»

CAPÍTULO XI. Del monje ahogado en el río.

Vi ciertamente a un monje llevando una vida eremítica bastante estricta y rigurosa: quien, pálido de rostro y muy afligido de cuerpo, con los ojos fijos en la tierra, parecía muerto al mundo; tampoco había probado vino durante once años. Pero, ¡oh terrible juicio de Dios, y profundo abismo de la más alta severidad! Me da vergüenza decirlo. Este, cayendo alguna vez en frenesí, y llevado a la rabia de una furia bestial, se liberó de repente de las manos de los que intentaban sujetarlo y de las ataduras con las que estaba ligado; y donde giraba el mayor remolino, sumergido en el abismo de un río espumoso, pereció. Pero aunque en cualquier momento de la muerte el mérito de cada uno no pueda perecer, sin embargo, preparamos esto para que en cualesquiera de nuestras buenas obras nunca confiemos obstinadamente; sino que siempre temamos lo que la sentencia suprema sobre nosotros decida. Que nuestra mente no se atreva a juzgar temerariamente a los que están con nosotros; pues aunque vemos por el presente por donde caminamos, ignoramos, sin embargo, con qué fin se cerrará nuestro curso. La vía que se pisa está abierta; pero es oculto a dónde se llega.

CAPÍTULO XII. Del monje que buscó el patrocinio del diablo.

Y porque se presentó la ocasión, no consideramos que deba pasarse por alto el terrible caso de otro monje, aunque no parezca congruente con esta obra. En el monasterio de Perugia, del santo Salvador, del cual recientemente fui prior, había un monje poco antes, llamado Guinizo, muy astuto y hábil, muy inclinado a los argumentos seculares y a las contenciones litigiosas. Este, mientras no cesaba de agitarse en cambiar abades y perturbar a los hermanos, llegó hasta el punto de buscar el patrocinio del diablo para superar a sus enemigos y entregarse a su dictado incluso corporalmente: sin embargo, el espíritu seductor le prometió antes, que tres días antes de morir, le anunciaría su propio fin. El infeliz creyó, y viviendo mucho tiempo después, permaneció bajo esta engañosa seguridad: finalmente, caído en enfermedad, se presenta el fiador iniquo, y le anuncia su muerte para el día siguiente, como había prometido. Inmediatamente, convocados los hermanos, narra todo esto que había pactado con el más malvado, en orden. Y cuando ellos insistían, diciendo: Confiesa, haz penitencia; de repente él se dormía, y ya sea que golpearan, ya sea que clamaran, no podía despertar; si no callaban, o

querían hablar de otra cosa que no fuera penitencia, pronto él despertaba, hablaba a su vez; pero nuevamente, al oír el nombre de penitencia, quedaba rígido en sus sentidos, atrapado por el sueño, hasta que entregado a una muerte horrible, fue infeliz y desgraciadamente entregado a aquel a quien había hecho entrega. Posteriormente, durante muchas noches, una negra turba de perros no cesaba de asistir a su sepultura, y como si custodiara un depósito, de modo que no poco horror causaba a los que lo veían. ¡Ay, cuán pernicioso es un espíritu contumaz y litigioso en un monje! Pues este, porque no quiso tener paz temporal con sus hermanos, sumergido en el tártaro, perdió el gozo de la paz eterna. Sin embargo, aunque esto no concuerde del todo con el presente estilo, lo hemos cuidado de consignar entre estas líneas, para que la memoria no lo borre, como si atáramos con una cuerda a un clavo; y aquí cualquiera que sea inquieto aprenda a qué fin conduce una disputa animosa.

CAPÍTULO XIII. De la paciencia del monje cegado.

Entre todas las cosas que nos son mandadas por la ley divina, nada hay en lo que el monje deba esforzarse más, que en tener paciencia en todo, para que soporte con ecuanimidad la injuria de la maldad ajena. Esta virtud ciertamente eleva al monje al culmen de la perfección, y hace su ánimo terrible al luchar contra los enemigos de Dios. Esta concede la victoria sobre todos los vicios, y hace la mente humana insuperable contra los furiosos y precipitados embates del mundo. ¿Y qué más diré? Pues lo que se ha dicho sobre el rigor de la abstinencia, lo que se ha podido decir sobre cualquier aflicción del cuerpo, es casi nada, si falta la paciencia, nodriza de las virtudes, como testifica el Apóstol, que dice: «El ejercicio corporal para poco es útil; pero la paciencia es útil para todo (1 Timoteo IV).» Cuando era joven, estando en la ciudad de Faenza por estudios de letras, escuché lo que relato. Entre dos vecinos, surgidas enemistades mutuas, uno de ellos le sacó los ojos al otro. El ciego, después de verse a sí mismo demasiado inútil para el mundo, buscó el monasterio. Posteriormente, cuando el agresor, también afligido por una enfermedad, buscaba ansiosamente el hábito de la conversión, pero juzgaba inconveniente ser llevado al mismo monasterio, por aquel a quien había tocado con incredulidad, los monjes murmuraban en secreto sobre este asunto, finalmente la fama del negocio llegó al oído más agudo del que no veía. Y cuando él, habiendo aprendido más plenamente lo que se avecinaba, comenzó a pedir con insistencia, y con las súplicas que podía, a rogar con la mayor insistencia, que los hermanos lo recibieran con toda caridad, y además ordenaran que él mismo se dedicara a ser su guardián y ministro en sus servicios. Insistiendo ciertamente con súplicas importunas, finalmente lo consiguió, y al que no podía ver con la luz de la carne, le servía con el claro ojo de la caridad. Asistía diligentemente al enfermo, lo cubría con mantas, le proporcionaba lo necesario, lo animaba persuasivamente a recibir alimentos. Pues se decía que incluso se alegraba de llevar y traer al enfermo para el oculto de la digestión. Así ciertamente, así quien había perdido la doble luz de la carne, resplandecía con caridad y paciencia, como con dos ojos en el rostro del alma.

CAPÍTULO XIV. Donde el escritor concluye con humilde satisfacción lo que se ha dicho.

Superiora tibi, Teuzo padre, de la carta te propuse, para que dejes de envanecerte con la singularidad; esto, sin embargo, con el fin de que aprendas a tolerar con ecuanimidad incluso las ofensas de los hermanos más jóvenes, si acaso ocurren; ciertamente, lo que consideré más necesario para tus costumbres, lo he guardado como último en el orden de la narración argumentativa. Así pues, refrena ya esa excesiva y rígida ferocidad de tu mente, y compórtate con paciencia y amable caridad con tus hermanos. Porque quien no concuerda con sus amigos compañeros de habitación por su ferocidad, es necesario que viva bestialmente solo, al modo de las fieras. Quien, por tanto, no desdeña ser discípulo de su Redentor, aprenda a mostrarse

manso y humilde con sus prójimos: «Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI).» Quien finalmente desea ser templo del Espíritu Santo, para repetirlo, no se aparte de la humildad y de la quietud de la mansedumbre. Pues dice: «¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo?» (Isa. LXVI.) No perturbes, por tanto, los ánimos de ellos con cuestiones de verbosidad, no los agites como un toro de cerviz torva con tus cuernos; no sea que, mientras huyen de ti, se lance en tu oprobio aquello que antiguamente se decía del toro cornúpeta: Tiene heno en el cuerno. Muéstrate, pues, tranquilo y sereno ante todos los que te ven; y especialmente ante aquellos que son de Dios, sométete con toda obediencia y humildad, para que quienes buscan a Cristo en ti, encuentren consecuentemente a Cristo; y en la mansedumbre que vean exteriormente, descubran que el mismo autor de la mansedumbre reside más profundamente en el trono de tu mente. Claramente, si tu pecho es el arca de Dios, como es digno del protegido, no haya en él solo la vara que golpea, sino también el maná, que endulce en el paladar de la mente fraterna; ni haya en él celo de amargura, que aterre, sino más bien celo de caridad, que corrija saludablemente. Y así, que el aguijón de la corrección hiera la herida de los que delinquen, de modo que el aceite de la mansedumbre suavice con un bálsamo más suave. Sin embargo, mientras ardientemente insistimos en el estudio de la edificación fraterna, hemos sobrepasado la medida de la carta; por eso también hemos añadido títulos a cada párrafo, contrariamente a la costumbre epistolar, para que no pareciera que el estilo fragmentado generara saciedad en el ánimo del lector.

Ahora, pues, amadísimo padre y señor mío, me postro de inmediato a tus pies, y con lágrimas derramadas humildemente pido perdón: a saber, que clementemente perdones mi boca, y que no me rechaces de la dulzura de tu caridad, a mí que presumí audazmente reprenderte, siempre que, por supuesto, se admitan saludablemente estas cosas que se han comprendido anteriormente. No niego, por la gracia de la satisfacción, someter mis espaldas desnudas a tu vara, y de aquí en adelante obedecer reverentemente las leyes de tu santidad paterna. Espero, sin embargo, que esta corrección mía no será infructuosa para vosotros; porque mientras a vuestra mente, tan ciertamente grave, tan madura, tan ciertamente santa, le parece amargo lo que es reprendido por el atrevimiento de un joven, podéis aprender claramente en vosotros mismos qué debéis sentir en vuestro corazón sobre lo que otros os dicen duramente. Ruego, sin embargo, venerable padre, que te dignes siempre orar por mí, pecador. Y como no espero ver más tu rostro en esta vida, imploro la divina clemencia, para que, una vez desatado el cinturón de la milicia, nos represente mutuamente en la visión, de modo que se asigne a ambos el municipio de la Jerusalén celestial, y proceda la recompensa social de los méritos en ambos.

Bendito sea el nombre del Señor.